

DE MLADIĆ, PRALJAK Y LA HAYA

POR BORJA LASHERAS

En mi vida solo he visto a Ratko Mladić en la televisión y el ordenador, pero conozco bien su legado en Bosnia oriental. Viví un par de años a principios de esta década en la municipalidad de Foča, en el Alto Valle del Río Drina, fronterizo entre Bosnia, Montenegro y Serbia. Mladić nació por allí, en Kalinovik, un pueblucho apartado en las altiplanicies de Treskavica. Es una región de montes, cañones y nieblas, muy aislada, sobre todo en invierno, cuando la nieve corta las carreteras rurales y caminos no asfaltados (*makadams*, en la lengua local). Más allá de su magnífica naturaleza salvaje que atrae a algunos aventureros, el Valle del Drina es conocido porque durante la guerra de Bosnia (1992-95), cuando casi todas las cámaras miraban al sitiado Sarajevo, en poblaciones como Goražde, Višegrad, Srebrenica o la propia Foča se llevó a cabo gran parte de la limpieza étnica de bosnios musulmanes y croatas, a menudo mediante crímenes dantescos.

Yo llegué al Valle algo más de una década después para trabajar en derechos humanos con la OSCE, con un mandato que en gran medida buscaba contribuir a enmendar ese legado de Mladić y otros, y contribuir a la normalización política e institucional. Más allá de los grafitis en su apoyo que solía ver en callejuelas y ruinas, “el General” serbo-bosnio sigue jugando un papel importante como héroe en el imaginario local y en ciertos sectores políticos y sociales en Serbia. Leyendo la reciente sentencia contra Mladić por parte del Tribunal de La Haya para la antigua Yugoslavia, dos momentos concretos me vienen a la cabeza: cuando lo arrestaron y nuestro trabajo en fosas comunes (sus fosas, esto es).

En mayo de 2011 la policía arrestó por fin al General en Lazarevo (Serbia). Al igual que su mentor político, Radovan Karadžić, detenido en Belgrado en 2008, Mladić había vivido clandestinamente desde fines de los noventa, protegido por el estado profundo serbio. Aunque la noticia corrió como la pólvora por todo el mundo, esa mañana reinaba un pesado silencio en Foča. Orwell, en *Homenaje a Cataluña*, desmitifica el vivir de cerca momentos históricos así porque “los detalles físicos prevalecen sobre todo lo demás y no hay tiempo para elocuentes análisis de la situación, hechos a cientos de millas de allí”. En nuestra pequeña oficina, a hora y media de Sarajevo y algo menos de tres en invierno, no hubo épica alguna. Nos preocupaban la manifestación nacionalista esa tarde a favor de Mladić

y, hasta cierto punto, nuestra propia seguridad física. El personal local no quería significarse con sus vecinos y ser vistos como OSCE, o sea, OTAN y por tanto un Occidente percibido allí como antiserbio. La manifestación fue multitudinaria para una ciudad pequeña como Foča. En primeras filas iban muchos de esos hombres ociosos semigansteriles que me cruzaba a diario en cafés y bares. Enarbolaban orgullosos banderas serbias y de las unidades paramilitares que sembraron el terror entre los bosnios musulmanes. Pero también había muchas señoras de mediana edad y abuelas de aspecto habitualmente bondadoso, las *babushkas* de Balcanes, ese día con el semblante agrio. Alzaban iconos ortodoxos y retratos de Mladić, mezclando así religión y el mito del héroe nacional. Muchos niños del pueblo correteaban alrededor, alborozados, disfrutando de un momento festivo para ellos. La manifestación terminó en el monumento al ejército serbo-bosnio (el VRS) de Mladić, muy cerca de mi apartamento, en un solar donde hasta 1992 había casas de musulmanes. Durante un par de años después, las calles y farolas de la zona se llenaron de retratos de Mladić. Supongo que los habrán vuelto a colocar, aunque me cuenta un amigo de la zona que esta vez las protestas en apoyo al General han sido menos numerosas.

El segundo recuerdo nítido son las largas horas pasadas supervisando algunos procesos de exhumación de fosas comunes que siguen apareciendo por el Drina, en bosques, sótanos urbanos, zanjas junto a carreteras rurales, etc. En esa parte del país, los restos pertenecían a bosnios musulmanes o croatas (menos numerosos allí) ejecutados por el VRS; paramilitares vinculados a ese estado profundo serbio y el submundo criminal (a menudo dos niveles conectados entre sí), como la “Guardia Voluntaria Serbia”, más conocida como los “Tigres” de Željko Ražnatović (alias “Arkan”, asesinado en Belgrado en 2000, en un probable ajuste de cuentas), o las “Águilas Blancas” del líder ultranacionalista serbio Vojislav Šešelj, además de vecinos comunes y policías de la zona. En las horas en coche de un lado a otro del Valle, alguno de mis acompañantes serbo-bosnios, contrariado por nuestra labor, solía frivolar con las violaciones sistemáticas a musulmanas en Foča y chasqueaba la lengua. Insinuaba, contra toda evidencia, que no habían tenido lugar.

Mladić nunca regresará al Drina en vida. La sentencia lo condena a cadena perpetua, entre otros cargos, por el genocidio de Srebrenica, crímenes contra la humanidad y otros crímenes de guerra, como los

cometidos en el sitio de Sarajevo (abril 1992-febrero 1996). El Tribunal afirma que los actos de mando de Mladić fueron instrumentales para tales crímenes: sin ellos, no hubieran tenido lugar de esa forma. La jurisprudencia de La Haya confirma que Mladić, Karadžić y otros eran parte de lo que denomina una estructura criminal dirigida a la limpieza étnica de musulmanes y croatas de regiones colindantes con Serbia. Un crimen continuado que incluyó el genocidio de Srebrenica de unos 8000 musulmanes, en pocos días de ese fatídico julio de 1995. La Haya, en un fundamento cuestionado, no atribuye un carácter específicamente genocida a la limpieza étnica y otros crímenes cometidos en otras poblaciones del Drina como Foča, donde se estima que unos 2000 musulmanes fueron asesinados en primavera de 1992, tras su caída en manos serbias. Similares hechos tuvieron lugar por esas mismas fechas en Višegrad, donde musulmanes, incluidos mujeres y niños, fueron asesinados cruelmente en el famoso puente otomano del que hablaba el escritor Ivo Andrić en su novela *Un puente sobre el Drina*. Más allá de la valoración de este fundamento particular, coherente con la condena de Karadžić, es cierto que la prueba de genocidio en derecho internacional es muy elevada.

Esta empresa criminal era parte del proyecto ultranacionalista de una Gran Serbia y la responsabilidad —para algunos, principal— alcanza al Belgrado de Slobodan Milošević. Su aparato de seguridad diseñó antes del estallido de la guerra lo que se ha conocido como el plan RAM, una estrategia para crear regiones homogéneas serbias en Bosnia y Croacia a través del armamento de grupos de “defensa” serbios, el sostenimiento del VRS y la Republika Sprska, la pseudorrepublica serbia de Karadžić, etc. Una estrategia y forma de guerra indirecta que en parte recuerda la estrategia rusa en la guerra en Ucrania Oriental. No cabe tampoco soslayar el otro, y a menudo gran olvidado, crimen continuado contra Bosnia: el proyecto de la Gran Croacia *do Drine* (hasta el Drina), encarnado en otra pseudorrepublica de mayoría croata, la extinta Herceg Bosna (1991-96). Uno de sus líderes, el general Slobodan Praljak, se ha hecho recientemente famoso al cometer suicidio televisado, en plena lectura de la sentencia condenatoria. Detrás de este otro proyecto criminal estuvo la Croacia de Franjo Tuđman, quien negociaba con Milošević la división de Bosnia a la vez que le hacía la guerra. Al igual que el líder serbio, Tuđman hubiera debido terminar en La Haya si la muerte no le hubiera alcanzado antes.

Años después, ya en la cómoda distancia que debería permitir analizar hechos históricos, reconozco que me sigue costando profundizar mucho en figuras como Mladić. Quizás no hay mucho que profundizar y eso es de lo más terrible de todo —otra forma de la banalidad del mal de que hablaba Hannah Arendt—. Veo al envejecido Mladić, en otra de sus bravuconadas, gritarle patéticamente al sosegado pero firme juez Alphons Orié, “Vi niste sud!” (¡no es un tribunal!). Veo a Praljak bramar que él tampoco es un criminal de guerra mientras ingiere el veneno. Con estas escenas de tragicomedia se cierra el telón del Tribunal de La Haya, que deja un legado amargo en Balcanes. Estas sentencias son necesarias y estos días pienso mucho en las víctimas que conocí. Pero no hay justicia completa posible y a gusto de todos.

Tanto el resultado como la lógica de estas empresas criminales siguen latentes en la región. Políticos de Croacia, que hoy está en la UE, han lamentado la sentencia de Praljak y otros criminales, a quienes glorifican como héroes, mientras siguen interfiriendo en los asuntos de Bosnia, que teóricamente avanza renqueante hacia la UE. Milorad Dodik, el líder de la Republika Sprska que crearon Milošević, Karadžić & Co. y consagraron los acuerdos de Dayton, niega el genocidio de Srebrenica, defiende a Mladić como héroe y alienta el revisionismo histórico, en auge en la era de la pos-verdad. En muchas tiendas de *merchandising* de Belgrado puedes comprar tazas, camisetas y otros objetos con la imagen de Mladić, que comparte estos puestos con Gavriilo Princip, el apocado asesino de Sarajevo en 1914, o el gran tenista serbio Novak Djokovic. Otros crímenes contra civiles serbios en el valle del Drina, aunque a menudo manipulados por el nacionalismo serbio, siguen sin respuesta y alimentan la percepción de justicia selectiva. En Foča han reconstruido algunas de las mezquitas destruidas, pero quedan pocos musulmanes para atender a la llamada a la oración, pregrabada, del muecín. Termina la fase de La Haya, y es ahora o nunca para una difícil reconciliación que equilibre justicia y memoria histórica. En ella deberá jugar un papel central la reforma de la educación en Bosnia, otra gran tarea pendiente, pues hoy sigue siendo segregada y xenofóbica, con narrativas antagónicas sobre la guerra, que muchos niños bosnios consumen diariamente en sus propios hogares. Ese es el gran reto en el que, en mi opinión, deberían centrarse los esfuerzos en la etapa actual. Quizás, como en otros casos, haya que encomendarse al paso del tiempo y a nuevas generaciones que puedan empezar de cero.



*Borja Lasheras

es autor de *Bosnia en el limbo: testimonios desde el río Drina* (UOC, 2017; en inglés, Ibidem Press, 2018). Es colaborador de distintos medios, entre ellos el diario *El Mundo*, el presente artículo es una versión ampliada de un texto publicado allí.